

LIBRO SEGUNDO.

Sobre el modo de tolerar el dolor.

Dice Neoptolemo, en un poema de Ennio, que tiene por cosa necesaria filosofar, pero en pocas palabras, y que no le agrada filosofar siempre. Yo, amigo Bruto, tengo por cosa necesaria el filosofar. Y ¿qué otra ocupación podría escoger ahora que no puedo tratar de los negocios públicos? Pero no filosofaré tan brevemente como él aconseja, porque es difícil en filosofía conocer pocas cosas, cuando no se conocen muchas ó todas. Para elegir unas pocas, es preciso entresacarlas de muchas, y el que haya comprendido tan sólo unas pocas, no perseguirá las restantes con el mismo ahinco. Pero en una vida ocupada, v. gr., en vida militar como la de Neoptolemo, esas mismas nociones, por escasas que sean, aprovechan mucho y dan fruto, si no tan grande como el que puede percibirse de toda la filosofía, á lo menos tal que en algún modo pueda librarnos de la codicia, del dolor ó del miedo. Así, por ejemplo, de la disputa que yo hace pocos días tuve en el Tusculano, parecía deducirse el desprecio de la muerte, que sirve no poco para librar el alma de vanos terrores; pues el que teme lo que no puede evitarse, de ninguna manera puede vivir con el ánimo tranquilo; pero el que no teme la muer-

te, no sólo porque es necesario morir, sino porque nada de horrendo tiene la muerte, gran defensa ha encontrado para pasar una vida feliz.

No ignoro que muchos han de escribir en contra y con empeño grande, y esto en ninguna manera puedo evitarlo, á no ser no escribiendo yo nunca. Pues si aun tratándose de aquellas oraciones que escribimos para someterlas al juicio de la multitud, ya que la oratoria es facultad popular y el efecto de la elocuencia es la aprobación de los oyentes, se encontraban algunos que no alababan nada sino lo que esperaban poder imitar ellos, y cuando más los deslumbraba la copia de las sentencias y de las palabras, preferían la escasez y el hambre á la abundancia y á la riqueza, naciendo de aquí la secta de los admiradores del estilo ático, tan desconocido de los mismos que hacían profesión de imitarle; secta que ya afortunadamente ha enmudecido por la irrisión del mismo foro, ¿qué creeremos que ha de suceder cuando nos falta la ayuda del pueblo, que antes tanto me favorecía? La filosofía se contenta con pocos jueces, y huye de la multitud y para ella es sospechosa y hasta aborrecible, de tal manera que si alguien quisiera vituperarla en general, podría hacerlo con la aprobación del vulgo, y si quisiera atacar la doctrina que nosotros principalmente seguimos, encontraría grande auxilio en las demás escuelas filosóficas. Pero á los detractores de toda filosofía ya hemos respondido en el *Hortensio*. Y en defensa de la Academia ya hemos hablado largamente en los cuatro libros de los *Académicos*. Y sin embargo, tan lejos estoy de desear que no se escriba contra mí, que al contrario lo deseo en gran manera; pues en la misma Grecia no habría estado en tanto honor la filosofía, si no se hubiese rebustecido con las disputas y las cuestiones de los varones doctos. Por lo cual exhorto á todos los que pueden hacerlo, á que arrebatén esta gloria á la Grecia, que hoy está tan decaída, y traigan la filosofía á nuestra

ciudad, así como nuestros mayores trasladaron todas las artes dignas de honor en Grecia. Así, por ejemplo, la gloria de los oradores, desde principio muy humilde, subió á tanta altura, que ya por ley universal de la naturaleza va envejeciendo, y en poco tiempo parece haberse menoscabado y empobrecido. Nazca también la filosofía latina en nuestro tiempo, y ayudémosla nosotros á nacer, y llevemos con paciencia el ser refutados y reprendidos. Solamente lleven á mal esto los que estén como adheridos y sujetos á ciertas doctrinas y sentencias, y obligados de tal modo, que por interés de su causa defiendan las mismas proposiciones que en su interior no aprueban. Nosotros, que seguimos la opinión más probable y no podemos pasar más allá de lo que nos parece verosímil, estamos dispuestos á refutar sin pertinacia, y á ser refutados sin error.

Y si estos estudios hubieran nacido entre nosotros, ni siquiera tendríamos necesidad de las bibliotecas de los Griegos, en las cuales hay multitud infinita de libros por la multitud de los que escribieron, porque dicen todas las mismas cosas y han tejido así innumerables escritos. Lo cual también acontecerá á los nuestros, si hay muchos que se dedican á estos estudios. Pero nosotros, si es posible, debemos estimular á aquellos que educados en las artes liberales, y sobre todo en el arte de bien decir, filosofan por método y sistema.

Hay cierto género de hombres que quieren ser llamados filósofos, y que, según dicen, han escrito en latín muchos libros, los cuales yo ciertamente no desprecio, aunque no los he leído nunca, si bien no echo de menos su lectura, puesto que los que los escribieron prometen desde el principio no expresarse con claridad, ni con orden, ni con elegancia, ni con ornato. Yo detesto toda lectura en que no hay placer alguno. Lo que pueden decir y pensar los filósofos de tal escuela, no lo ignora nadie, por poco docto que sea.

Pero diciendo, como dicen, que no se cuidan del modo de decir las cosas, no sé por qué han de leerlos otros que aquellos que profesan las mismas opiniones. Pues así como á Platón y á los demás socráticos y á los que se han derivado de esta escuela los leen todos, aun los que no aprueban sus dogmas ó no los siguen con pertinacia, así por el contrario á Epicuro y á Metrodoro nadie, fuera de los suyos, los toma en la mano, y á los filósofos latinos nadie os lee más que los afiliados á su escuela.

Pero á mí me parece que todo lo que se escribe se dirige á la instrucción de todos los doctos. Y aunque no pudiéramos conseguir esto, por lo menos debíamos procurarlo. Así me ha agradado siempre la costumbre de los peripatéticos y de los académicos, de defender en toda causa las dos partes contrarias, no sólo porque de otra manera no sería posible encontrar lo verosímil en cada cuestión, sino también por ser este el mejor ejercicio de decir, del cual usó primero Aristóteles, y después los que siguieron. Aun en nuestro tiempo Filón, á quien yo muchas veces oí, estableció la costumbre de enseñar separadamente los preceptos de los retóricos y los de los filósofos. Siguiendo yo esta costumbre por consejo de mis familiares, empleé en ella el tiempo de que podía disponer en mi granja Tusculana; y así, habiéndome dedicado antes del mediodía á los ejercicios oratorios, como siempre he tenido la costumbre de hacer, por la tarde pasamos á los ejercicios académicos, cuyo resultado te voy á exponer, no como narrador, sino casi con las mismas palabras con que fué sostenida y explanada la cuestión. Tuvimos este razonamiento en paseo, y empezamos con este exordio:

OYENTE.—No te puedo encarecer cuánto me ha deleitado la plática de ayer, ó más bien; cuánto he aprendido en ella. Pues aunque tengo la conciencia de que nunca he sido muy codicioso de la vida, sin embargo he sentido cierto miedo y dolor, pensando que alguna vez había de

llegar el fin de la vida y la pérdida de todos los bienes de ella; pero ya me he librado de este género de molestias, de tal modo, que absolutamente no me cuido de ellas.

MARCO. — Nada tiene esto de admirable. Porque la filosofía produce estos efectos: cura el alma, destierra los vanos cuidados, libra del apetito, ahuyenta el temor. Pero este poder suyo no se ejerce por igual en todos los hombres, y sólo tiene toda su fuerza cuando se aplica á una naturaleza idónea. A los fuertes no sólo los ayuda la fortuna, como dice el proverbio antiguo, sino mucho más la razón, con cierta disciplina y medida conforme lo pide la fortaleza. A tí te engendró la naturaleza excelso y alto y despreciador de todo lo humano, y así fácilmente en ánimo esforzado cabe el valor de resistir la muerte; pero ¿crees tú que estas mismas razones tengan la misma fuerza respecto de todos los hombres, si quitas unos pocos, para los cuales han sido inventadas, disputadas y escritas? ¿Cuántos filósofos encontrarás que sean tan morigerados, tan arreglados en vida y costumbres como la razón lo pide, que consideren su doctrina no como ostentación de ciencia sino como ley de vida, que sean señores de sí mismos y obedezcan á sus propios dogmas? Verás algunos de tanta ligereza y vanagloria, que les estaría mejor no haber aprendido nada; á otros codiciosos de dinero, á algunos de gloria, á muchos esclavos de la pasión, de tal manera que sus doctrinas pugnan miserablemente con su vida, lo cual me parece cosa torpísima. Pues así como el que es profesor de gramática si habla bárbaramente, ó el que quiere pasar por músico si canta mal, incurren en tanta mayor afrenta cuanto que pecan en la misma ciencia que dicen profesar, así es tanta mayor vergüenza para un filósofo el pecar en la disciplina de la vida, cuanto que flaquea en el mismo oficio del cual dice ser maestro, y abandona en la vida el arte de la vida que él enseña.

OYENTE.—¿Pero no es de temer, si es verdad lo que dices, que exornes á la filosofía con una gloria falsa y que no le pertenece? ¿Qué mayor argumento contra su utilidad, que el hecho de que muchos filósofos perfectos vivan mal?

MARCO.—De ninguna manera es argumento ese. Pues así como no es fructífero todo campo que se cultiva, y es falso aquel dicho de que aunque las semillas se confíen á un mal terreno, florecen por su propia naturaleza, así también todos los espíritus cultivados no dan el mismo fruto. Y para seguir con la misma comparación, así como el campo, por fértil que sea, no puede ser fructuoso sin cultivo, tampoco el alma sin la doctrina. Una de las dos cosas tiene que flaquear siempre sin la otra. La cultura del alma es la filosofía; ésta arranca de raíz los vicios y prepara el ánimo para recibir la semilla y enterrar en él los gérmenes que, desarrollándose, han de producir fruto abundantísimo. Sigamos, pues, el intento comenzado. Dime, si quieres, la materia sobre que hemos de disputar.

OYENTE.—Creo que el dolor es el mayor mal de los males.

MARCO.—¿Le tienes por mal mayor que la deshonra?

OYENTE.—No me atrevo á decirlo así, y me avergüenzo de abandonar mi parecer tan pronto.

MARCO.—Más te deberías avergonzar de conservarle. ¿Qué cosa hay más indigna que mirar algo como peor que la deshonra, la afrenta y la torpeza? Y por huir de ellas, ¿no deberías, no ya rechazar, sino al contrario, apetecer, buscar y sufrir cualquier dolor?

OYENTE.—Así lo creo. Pero aunque el dolor no sea el sumo mal, ciertamente es un mal.

MARCO.—Ya ves con cuán breve razonamiento has tenido que amenguar mucho el miedo del dolor.

OYENTE.—Lo veo, pero deseo otra razón más fuerte.

MARCO.—Procuraré dártela; pero es negocio dificultoso, y necesito que tu inteligencia no se me resista.

OYENTE.—La tendrás dispuesta á oírte. Hoy, lo mismo que ayer, seguiré á la razón adonde quiera que me conduzca.

MARCO.—Hablaré primero de la imbecilidad de muchos y de las varias escuelas filosóficas, entre las cuales uno de los maestros más respetables por su autoridad y antigüedad, Aristipo, discípulo de Sócrates, no dudó en decir que el dolor era el sumo mal. A esta enervada y mujeril opinión se acostó también con excesiva docilidad Epicuro; después de él Jerónimo de Rodas dijo que el sumo bien consistía en la carencia de dolor: tan gran mal era el dolor para él. Los demás filósofos, á excepción de Zenón, Aristón y Pirrón, dijeron casi lo mismo que tú, que el dolor era un mal, pero que había otros peores. Es decir, que lo que la misma naturaleza hace y cierta generosa virtud inmediatamente rechaza, esto es, el considerar el dolor como el sumo mal, aun puesto en cotejo con la deshonra, todavía lo sostiene después de tantos siglos, como verdad inconcusa, la filosofía que se da por maestra de la vida. ¿Qué obligación, qué gloria, qué acción honrosa que no pueda emprenderse sino con dolor del cuerpo podrá acometer el que se halla persuadido de que el dolor es el sumo mal? ¿Qué ignominia, qué torpeza dejará de sufrir, por huir del dolor, el que le tenga por el mal sumo? ¿Cuán infeliz no será, no ya aquel que esté oprimido por sumos dolores, si cree que el mal sumo consiste en ellos, sino también el que sepa ó tema que esto le puede suceder? ¿Y quién estará libre de semejante temor? De esta manera ninguno podrá ser feliz. Metrodoro tiene por hombre dichoso á aquel cuyo cuerpo está bien constituido y que tiene certidumbre de su salud. Pero esta certidumbre, ¿quién puede alcanzarla?

Epicuro dice tales cosas, que á mi modo de ver parecen imaginadas para excitar la risa. En cierto lugar escribe: «Si al sabio se le abrasa, si se le atormenta...» ¿Espera-

rás quizá que diga después: lo sufrirá con paciencia y no sucumbirá? Gloria grande y ciertamente digna de aquel mismo Hércules, por quien antes juré; pero á Epicuro, hombre áspero y duro, no le basta esto. Si estuviera en el Toro de Falaris clamaría así: «¿Cuán suave es esto; no me importa nada!» ¿Suave? ¿No te contentas con que no sea amargo? Los mismos que niegan que el dolor sea un mal, no suelen decir que sea cosa dulce para nadie el ser atormentado: lo tienen por cosa áspera, difícil, odiosa, contra naturaleza, pero que no es un mal. Pero Epicuro, que tiene el dolor por único mal y por el mayor de los males, es el único que dice que el sabio tendrá el dolor por cosa agradable.

Yo no te pido que califiques el dolor con las mismas palabras con que calificó el deleite Epicuro, hombre, como sabes, sumamente voluptuoso. Lo haría lo mismo en el Toro de Falaris que en el lecho. Pero yo no atribuyo al sabio tanta virtud contra el dolor. Basta que sea fuerte en sufrirlo: no pido que se alegre además. Porque el dolor es, sin duda, cosa triste, áspera, amarga, enemiga de la naturaleza y difícil de sufrir y de tolerar.

Mira á Filoctetes, á quien es lícito conceder el derecho de quejarse, puesto que había visto en el monte Eta al mismo Hércules aullando por la multitud de los dolores. De ningún consuelo le servían las saetas que había recibido de Hércules cuando, hinchadas sus vísceras por el veneno de las víboras, lanzaba tristes aullidos y dolientes voces.

Y así exclama, pidiendo auxilio y deseando la muerte:

¡Ay, quién desde la cumbre de esta peña
Me arrojaría á las salobres ondas!
Una llaga terrible me consume,
Y se enconan mis úlceras ardientes.

Difícil parece no creer que es víctima de un mal verdadero y grande el que con tan tristes voces se lamenta.

Pero veamos al mismo Hércules, que sentía los efectos

del dolor al mismo tiempo que buscaba la inmortalidad en la muerte. ¿Qué voces son las que da en las *Traquinias* de Sófocles, cuando después de haber vestido la túnica que le había enviado Deyanira, teñida con la sangre del Centauro, y abrasándole aquel dolor las entrañas, exclama así:

¡Oh, cuán terribles y ásperos dolores
He sufrido en el alma y en el cuerpo,
Pues ni el terror de la implacable Juno
Ni la envidia perpetua de Euristheo
Tanto mal me trajeron como el loco
Furor de la infeliz hija de Eneo!
Ella el fatal vestido me ha donado
Que muerde y dilacera mis entrañas,
Y el aliento vital extingue y mata.

Ya la sangre se turba y descolora,
Y horrible plaga el cuerpo va infestando
Y corroe y destruye los tejidos.

No trajo tanto mal al cuerpo mío
La diestra sin piedad del enemigo,
Ni los gigantes hijos de la Tierra,
Ni en duplicadas fuerzas el Centauro,
Ni el valor griego ó bárbara fiereza,
Ni la gente que habita los extremos
Confines de la tierra, libertada
Por mí de la fiereza de los monstruos.

Es mano femenil la que me hiere.
Hijo, muéstrate digno de este nombre
En ayudar al moribundo padre.
Ni el amor de tu madre venza al mío.
Tráela hacia mí, con tus piadosas manos:
Quiero saber si más que á mí la quieres.
Ten piedad, hijo mío, de tu padre:
El mundo llorará nuestra miseria.
¡Llorando yo con virginales lágrimas,
Yo, que nunca lloré por mal alguno!
¡Llorando yo como mujer rendida!

Ven, hijo mío, asísteme; contempla
El desgarrado cuerpo de tu padre.
Miradme todos: tú, celeste Jove,
Lanza, te ruego, contra mí tus rayos.
Ya su ardiente dolor, cual sierpe, vaga
Por mis miembros heridos. ¡Manos mías,

Pecho y espalda, vencedores brazos,
Entre los cuales el león Nemeo
Oprimido lanzó el postrer aliento!

Esta mano inmoló la bestia brava
De Lerna, y en obsequio á las deidades
El triple cuerpo de Geryón disforme.
Esta deshizo al monstruo de Erymantho,
Devastador de su afligida tierra;
Esta de las tinieblas infernales
Condujo al can de tríplice cabeza,
De la hidra voraz parto nefando.

Esta al dragón de innumerables vueltas,
Fiel guardador de auríferos verjeles,
Venció y domó, sin que otra gloria humana,
Arrancarnos pudiera los despojos.

¿Podemos dejar de despreciar el dolor cuando vemos al
mismo Hércules tolerarle con tan poca fortaleza?

Vengamos ahora á Esquilo, que no sólo fué poeta, sino
también filósofo pitagórico, según dicen. ¡Cómo expresa
Prometeo el dolor que sufre por el hurto de Lemnos!

De donde trajo el fuego á los mortales
A pesar de los dioses Prometeo,
A quien Jove castiga eternamente.

Sufriendo, pues, estas penas, y clavado en el Cáucaso,
prorrumpe en tales versos:

¡Oh prole de Titanes, engendrada
De nuestra sangre y de celeste origen!
Miradme encadenado en la ardua peña,
Como la nave que en horrenda noche
Ligan los pavorosos marineros
A la roca que el piélago domina.
Aquí me ató la voluntad de Jove
Y la mano ingeniosa de Vulcano,
Que traspasa mis miembros con los clavos.
Que en su forja cruel labra y aguza.
Por su arte sin piedad habito ahora
Esta mansión de las crueles Furias.
Tres días ha que con funesto vuelo

Destroza con sus uñas encorvadas
El águila de Jove mis entrañas;
Y en mi hígado negro apacentada,
Lanza vasto clamor, y con la sangre
Tíñe su cola y por los aires vuela.
Cuando el hígado se hincha y se renueva,
Avida vuelve al conocido pasto.

Así alimento en vida al enemigo
Que perenne me guarda y me atormenta,
Y ya me ves por fuerza encadenado;
Ni puedo separar del pecho herido
El águila cruel, y ni en la muerte
Puedo lograr el término á mis males,
Porque la voluntad del sumo Jove
De la muerte me aleja. Este suplicio,
por edades sin cuento dilatado,
Mi cuerpo oprimirá, mientras las gotas
Que de mi cuerpo manen, liquidadas
Por el ardor del sol eternamente,
Destilarán sobre el pendiente Cáucaso.

Difícil nos es imaginar que quien se queja en estos términos no sea infeliz, y cuenta que si lo es, el dolor debe tenerse por un mal.

OYENTE.—Defiendes, pues, mi opinión. Pero esto lo veremos después. Entretanto, dime de dónde son esos versos, porque no los conozco.

MARCO.—Te lo diré, á fe mía. Haces bien en preguntármelo. ¿Ves que tengo tiempo de sobra?

OYENTE.—¿Qué me quieres decir con eso?

MARCO.—Creo que muchas veces, cuando residías en Atenas, estuviste en las escuelas de los filósofos.

OYENTE.—Verdad es, y tuve mucho gusto en ello.

MARCO.—Advertirías, pues, aunque entonces no había nadie muy elocuente, que era costumbre de todos mezclar algunos versos en la oración.

OYENTE.—Dionisio el Estoico solía mezclar muchos.

MARCO.—Bien dices. Pero los decía como si se los dictaran, sin ningún gusto ni elegancia. Nuestro Filón solía

intercalar, cuando le convenía, composiciones propias y otras escogidas de los poetas antiguos. Y yo, después que me he dedicado á este modo de declamar, propio de los viejos, suelo hacer grande uso de nuestros poetas. Pero cuando me faltan autoridades tuyas, traduzco muchas cosas de los Griegos, para que la lengua latina no carezca de este género de ornamento, cuando ampliamente se tratan semejantes cuestiones.

Ya ves cuánto mal hacen los poetas. Ponen lamentaciones en boca de los varones más fuertes, y con esto enmuellecen nuestros ánimos. Y como son tan dulces, no sólo los leemos, sino que los aprendemos de memoria. Y así, cuando los poetas llegan á tratar de la vida doméstica, persuaden á un género de costumbres débiles y afeeminadas, y con esto destruyen todo el nervio de la virtud. Con justicia, pues, los desterraba Platón de aquella ciudad ideal que él forjó, cuando fingía las mejores costumbres y el más perfecto régimen de la república. Nosotros, instruidos por los Griegos desde la infancia, leemos y aprendemos estas cosas y tenemos esta doctrina por ciencia liberal.

Pero ¿por qué nos enojamos con los poetas? No han faltado filósofos que, dándose por maestros de la virtud, han afirmado que el dolor era el sumo mal. Tú, que eres joven, después de haberlo afirmado desististe de tu parecer en cuanto yo te pregunté si el dolor era mayor mal que la deshonra. Esto mismo pregunto á Epicuro: él nos dirá que es mayor mal un dolor pequeño que una deshonra grande, porque en la deshonra no hay mal alguno si no le sigue el dolor. Y ¿qué dolor experimenta Epicuro al afirmar que el dolor es el sumo mal, lo cual yo tengo por la opinión más afrentosa que ha podido salir de los labios de filósofo alguno? Bastante me concediste al responderme que te parecía mayor mal la infamia que el dolor. Si persistes en esta opinión, entenderás de qué manera debe resistirse el

dolor. No nos hemos de cuidar tanto de investigar si el dolor es un mal, como de fortalecer el ánimo para tolerarle.

Emplean muchos sofismas los Estoicos para probar que no existe el mal, como si la cuestión fuese de palabras y no de cosas. ¿Crees engañarme, ¡oh Zenón! Cuando me dices que lo que á mí me parece tan horrible no es un mal, me engañas, y en seguida deseo saber de qué modo lo que yo tengo por tanta infelicidad ni siquiera debe llamarse mal. Afirma Zenón que nada es malo sino lo que es torpe y vicioso. Esta es otra ineptia, porque no me libra del terror que me oprimía. Sé que el dolor no es un crimen: no te canses en enseñarme esto; lo que has de enseñarme es que nada importa el tener dolor ó carecer de él. Me dirás que no importa nada para la vida feliz, la cual consiste sólo en la virtud, pero que sin embargo el dolor debe ser rechazado. Y ¿por qué? Porque es áspero, contrario á la naturaleza, difícil de sufrir, triste y duro.

Lastimosa abundancia de palabras, poder decir de tantos modos lo que nosotros con una sola llamamos el mal. Define el dolor; no lo destierra, cuando dice que es áspero, que es contrario á la naturaleza, tanto que apenas se puede sufrir ni tolerar: y no miente. Pero ¿no convenía ceder en la sustancia, después de haber usado palabras tan jactanciosas, diciendo que nada es bueno sino lo honesto, y nada malo sino lo torpe? Estos son buenos deseos, pero esto no es enseñar. Mejor y más verdadero es decir que todo lo que la naturaleza rechaza debe tenerse por malo, y todo lo que la naturaleza busca debe tenerse por bueno. Aceptado esto, y prescindiendo de la cuestión de palabras, tanta excelencia tendrán los que rectamente buscan todo lo que llamamos honesto, recto y decoroso, todo lo que se comprende bajo el nombre general de virtud, que á sus ojos todos los demás que generalmente se llaman bienes de cuerpo ó de fortuna, parecerán cosa baladí y de poca importancia, y no

habrá mal alguno, aunque los juntemos todos, que pueda ser comparado con el mal de la torpeza.

Por lo cual, si como has concedido al principio, la afrenta es peor que el dolor, el dolor no será nada en sí mismo.

Y si te parece torpe é indigno de un hombre el gemir, gritar, lamentarse, angustiarse y dolerse; y por el contrario, es honrado, es digno, es glorioso el resistir el dolor, considerando bien estas cosas puedes no rendirte á él, y sueñbirá el dolor á la virtud, pues ó no existe virtud alguna, ó lleva consigo el desprecio de todo dolor. ¿Quieres que exista la prudencia, sin la cual ni siquiera puede concebirse ninguna virtud? Y ¿qué hará la prudencia? ¿Consentirá que tú trabajes sin conseguir ni aprovechar cosa alguna? ¿Consentirá la templanza que procedas con falta de consideración en negocio alguno? ¿Puede cumplir con la justicia el hombre que por la fuerza del dolor declara lo que no ha cometido, denuncia á sus cómplices faltando á todos sus deberes? ¿Cómo has de cumplir lo que exige la fortaleza, y las virtudes que son compañeras de ella, la magnanimidad, la gravedad, la paciencia, el desprecio de las cosas humanas? Cuando estás afligido y te lamentas con amargas voces, ¿oirás que alguno te llame varón fuerte? ¿Podrá llamarte nadie ni siquiera hombre? Hay que renunciar, pues, á la fortaleza, ó ahogar el dolor.

Tú bien sabes que si pierdes algo de tus vasos corintios, puedes salvar el resto de tu ajuar; pero cuando llegas á perder una virtud (si es que la virtud puede perderse), ¿renunciarás absolutamente á todas las demás? ¿Llamarás fuerte, magnánimo, paciente, grave, despreciador de las cosas humanas, á Prometeo ó Filoctetes? Mucho mejor me parecen que tú. Pero en verdad que no puede llamarse fuerte al que yace en húmedo lecho, prorrumpiendo en gemidos, quejas y lamentaciones y flébiles voces que llenan el espacio. No niego yo que el dolor sea dolor. Pero ¿por qué

echamos de menos la fortaleza? Lo que afirmo es que si la paciencia existe, la sabiduría puede dominar el dolor; y si la paciencia no existe, ¿para qué ensalzamos la filosofía, ó por qué nos gloriamos con su nombre? Me dirás que el dolor punza. Poco me importa conceder que traspase. Si estás desarmado, inclina el cuello; pero si estás cubierto con las armas de Vulcano, esto es, con la fortaleza, resiste. Porque si no lo haces así, la misma fortaleza defensora de tu dignidad te abandonará y te dejará solo.

Las leyes de los Cretenses, ora las haya sancionado Júpiter, ora Minos, por parecer de Júpiter, según los poetas dicen, y también las leyes de Licurgo, educan á la juventud en el trabajo, cazando, corriendo, teniendo hambre y sed, calor y frío. En Esparta azotan á los muchachos ante el altar con tal violencia, que muchas veces mana sangre de sus vísceras: y he oído que en ocasiones son tan fuertes los dolores, que esto los pone á punto de muerte, y que sin embargo, ninguno de ellos ha gritado nunca ni ha llorado siquiera. Y, ¿lo que pueden sufrir los niños, no han de poderlo sufrir los hombres, y lo que alcanza la costumbre no ha de conseguirlo la razón?

Alguna diferencia hay entre el trabajo y el dolor. Tienen relación entre sí, pero difieren en algo. El trabajo es alguna pesada función del alma ó del cuerpo; pero el dolor es un movimiento áspero en el cuerpo, ajeno al sentido. Aunque la lengua de los Griegos es más copiosa que la nuestra, dan á estas dos cosas un solo nombre, y las llaman *πovoc*. Y así, á los hombres estudiosos los llaman amantes del dolor, y nosotros, con más propiedad, podemos llamarlos laboriosos. Una cosa es trabajar y otra tener dolor.

¡Oh Grecia, á veces tan escasa de palabras, aunque tienes la pretensión de poseer tantas! Una cosa es tener dolor y otra trabajos. Cayo Mario se dolía cuando le cortaban las piernas; pero cuando en el rigor del verano mandaba un

ejército, sentía fatiga, no dolor. Sin embargo, alguna semejanza hay entre las dos cosas. La costumbre de los trabajos hace más fácil el sufrimiento del dolor. Y así los que dieron á Grecia la forma de repúblicas, quisieron fortificar los cuerpos de los jóvenes con el trabajo, y los Espartanos aplicaron esto mismo á las mujeres, las cuales en las demás ciudades se educan á la sombra de las paredes, con muelle y femenil crianza. Ellos quisieron (como dice el poeta) que nada de eso hubiera entre las vírgenes Lacedemonias, á las cuales agrada más la palestra, el Eurotas, el sol, el polvo, el trabajo y la milicia, que la fecundidad bárbara. Aun en estos laboriosos ejercicios se entremezcla algunas veces el dolor. Los que en ellos se ocupan son empujados, heridos, derribados, y muchas veces caen, y el mismo trabajo los encallece, por decirlo así, para sufrir el dolor. Pero ahora hablo de nuestra milicia, no de la de los Espartanos, que proceden siempre al son de la flauta, sin que haya movimiento alguno que no se rija por el metro anapéstico.

Ya comprenderás de dónde han tomado su nombre nuestros ejércitos y cuántos trabajos han de pasar: traer provisiones para más de medio mes; llevar consigo todo lo que necesiten; llevar áuestas las maderas para las fortificaciones. Pues, por lo que toca al escudo, á la espada, al casco, nuestros soldados no lo cuentan per parte de carga, como tampoco cuentan los hombros, los brazos, las manos; antes dicen que las armas son los miembros del soldado, y realmente los usan de tal suerte, que, si fuera necesario, arrojando toda la carga, podrían lidiar con las armas tan expeditas como los miembros.

Y ¡cuán grande no es el ejercicio de las legiones, cuán gran trabajo no llevan consigo aquellas carreras, aquel concurso, aquel clamor! Así el alma se fortalece para la batalla y para las heridas. Supón un soldado de igual valor, pero con falta de ejercicio: te parecerá una mujer. Y ¿po-

qué? Bien sabemos por experiencia cuánta diferencia hay entre un ejército nuevo y uno viejo. La edad del soldado bisoño parece preferible la mayor parte de las veces; pero el sufrir los trabajos, el despreciar las heridas sólo lo enseña la costumbre. Muchas veces vemos que cuando separan del ejército á los heridos, los que son rudos y poco ejercitados, aunque la herida sea leve, lanzan vergonzosos gritos. Pero el soldado veterano y ejercitado, y por esto mismo más fuerte, llama al médico para que le vende las heridas, y exclama como en Homero: «¡Oh Patroclo! viniendo á vosotros, imploro vuestro auxilio y vuestras manos. Más bien que padecer este dolor, quisiera sucumbir bajo el golpe de dardo lanzado por enemiga mano: no hay modo alguno de restañar mi sangre, si es que vuestra sabiduría no puede evitarme la muerte: llenan los heridos el pórtico de los hijos de Esculapio: no es posible acercarse.»

Esto lo dijo ciertamente Euripilo, varón ejercitado en la guerra. Y ¿á dónde va á parar todo este llanto? Mira cómo responde sin lágrimas, y da la razón para sufrir todas estas calamidades con ánimo sereno: «El que prepara á otro la muerte debe saber que se prepara á sí mismo para igual desastre.» Hubiera llamado á Patroclo para que le colocase en el lecho, para que le vendase las heridas, si hubiera sido hombre; pero nunca ví nada que se pareciese menos á un hombre. Pregunta, pues, qué ha sucedido: «Habla, díme cómo se sostienen los Argivos en la pelea.» No puede expresar con palabras toda la crudeza del dolor: «Descansa, pues, y liga mis heridas.» Aunque Euripilo pudiera, no podría Enopo: «Cuando la fortuna de Héctor tenía casi desbaratado nuestro valeroso ejército ...» Y lo demás que en su dolor explica, porque tan intemperante es en un varón esforzado la vanagloria militar. ¿Podrá hacer esto un soldado veterano, y no podrá hacerlo un varón docto y sabio?

Pero hasta ahora he hablado de la fortaleza militar. no

de la razón y de la sabiduría. Hay viejas que soportan dos ó tres días el hambre. Pero quitad á un atleta el comer un solo día, é implorará á Júpiter Olímpico, en cuyo honor ejercita sus miembros, y clamará que no puede sufrirla. ¡Grande es la fuerza de la costumbre! Pernocan los cazadores en la nieve: se resignan á abrasarse en el monte. Lós púgiles magullados por el cesto ni siquiera lanzan un gemido. ¿A qué hemos de recordar á estos triunfadores antiguos, para quienes la victoria olímpica era un honor no menos grande que el consulado? ¿No vemos qué heridas sufrían los gladiadores, hombres perdidos ó bárbaros? ¿No ves cómo los que han sido bien educados prefieren recibir heridas antes que vivir con afrenta? ¿Cuántas veces vemos que nada quieren tanto como satisfacer á su señor ó al pueblo? A veces, cuando están cubiertos de heridas, mandan á preguntar á sus señores qué más quieren de ellos; y si no les han satisfecho, prefieren morir. ¿Qué gladiador, aunque sea mediano, llora? ¿Quién de ellos ha cambiado jamás de rostro? ¿Quién no ha resistido en pie, ó quién ha caído torpemente? ¿Quién, después de haber caído, contrajo su cuello para no recibir el hierro? Tanto puede el ejercicio, la meditación, la costumbre. ¿Y podrá conseguir esto un varón Samnita, hombre sin honra, digno de aquella vida y de aquel lugar? Y, por el contrario, un ciudadano romano, nacido para la gloria, ¿tendrá en su corazón parte tan flaca que no pueda robustecerse con la meditación y con el ejercicio racional? A algunos les parece cruel é inhumano el espectáculo de los gladiadores, y quizá merezca este calificativo, tal como se practica hoy. Pero cuando exponían gratuitamente su vida, pudo haber mejor disciplina para los oídos, pero ninguna más fuerte para los ojos, contra el dolor y la muerte.

Bastante he dicho del ejercicio y de las costumbres: tratemos ahora de la razón.

OYENTE. — ¿Y yo he de interrogarte sobre esto? Ni si-

quiera lo intentaré: tanto me ha convencido tu razonamiento

MARCO.—Si el dolor es ó no un mal, díganlo los Estoicos, que con torcidas y pueriles conclusiones, que son además contradictorias, quieren persuadirnos de que el dolor no es un mal. Pero yo creo que el dolor no es tan gran mal como parece, y que en realidad lo que más daño hace es su falsa aprensión, porque en el fondo todo dolor es tolerable. ¿Por dónde he de comenzar, pues? Trataré brevemente de lo que antes indiqué, para que con más facilidad pueda proseguir mi discurso.

Es cosa averiguada entre todos, y no sólo entre los doctos, sino también entre los ignorantes, que es propio de los varones fuertes, magnánimos, pacientes y que vencen las flaquezas humanas, el tolerar con paciencia el dolor, y no ha habido nadie que no haya juzgado digno de alabanza al que ha tenido este sufrimiento. ¿No es vergonzoso, pues, temer cuando viene, ó no sufrir cuando está presente, este dolor, que es gala de los fuertes el despreciar? Me concederás tú que llamándose virtudes todos los afectos del alma, no por esto es este nombre el propio de todos ellos, sino que se han llamado así por aquella virtud que sobresale entre todas las demás. Llámase virtud de *viro* porque es propia del varón la fortaleza, cuyos dones son principalmente dos: el desprecio de la muerte y del dolor. Hemos de valernos, pues, de la una y de la otra, si queremos participar de la virtud, ó más bien si queremos ser hombres, puesto que el nombre de virtud se tomó del nombre de varón.

Me dirás: ¿cómo puede ser esto? y tendrás razón para preguntarlo. La filosofía pretende dar medicina para todo. Oigamos en primer lugar á Epicuro, que no era malo, ó que más bien era excelente varón. Toda su ciencia se reduce á decir: «Desprecia el dolor.» ¿Y quién dice esto? El mismo que afirma que el dolor es el mal sumo. ¿Qué falta

de constancia! Sigamos oyéndonle. «Si existe el dolor sumo (lice), necesario es que sea breve.» Lo mismo debo repetir yo. Pero no acabo de comprender qué es lo que entiende por sumo y qué es lo que entiende por breve. Quiere explicarlo de este modo: «Sumo es lo que no tiene superior alguno: breve, aquello después de lo cual no hay otra cosa más breve.»

Desprecio la magnitud del dolor, del cual me libraré la brevedad del tiempo, casi antes que el dolor haya venido. Pero si el dolor es extraordinariamente cruel, como el de Filoctetes, con razón podemos llamarle grande, aunque no sea sumo, puesto que no le duelen más que los pies, y tiene en su integridad los ojos, la cabeza, el corazón, los pulmones; todo, en suma. Muy distante está, pues, del dolor sumo, y sin embargo, ¡cuán falsa es la doctrina de Epicuro cuando dice: «El largo dolor tiene más de alegre que de molesto.»

Yo no me atreveré á decir que un varón tan grande no sabía lo que se decía, pero creo que quiso burlarse de nosotros. Yo el dolor sumo (y le llamo sumo, aunque tan solo sea en diez átomos mayor que otro) no digo por eso que sea breve, y puedo nombrar muchos hombres de bien que largos años estuvieron atormentados por grandes dolores de gota. Pero Epicuro, como hombre cauto, nunca determina la magnitud ó la duración del dolor, de tal manera que no podemos entender lo que él tiene por sumo, ni lo que él tiene por breve. Dejemos, pues, á este filósofo, que en realidad no dice nada, y obliguémosle á confesar que no hemos de buscar en su doctrina remedio contra el dolor, puesto que él mismo ha enseñado que el dolor es el más grande de todos los males. En otra parte hemos de buscar la medicina, y sobre todo (si queremos buscar lo más conveniente) en aquellos para quienes la honestidad es el sumo bien y la torpeza el sumo mal.

Cuando veas á los niños en Lacedemonia, á los adoles-

centes en Olimpia, á los bárbaros en la arena, recibiendo gravísimas heridas y tolerándolas en silencio; cuando esto veas y algún dolor te punce, ¿te atreverás á clamar como una mujer? ¿No lo sufrirás con constancia y firmeza? Me dirás que no es posible que la naturaleza lo consienta. Ya te entiendo. Los niños lo sufren guiados por la vanagloria, lo sufren otros por vergüenza, muchos por miedo; y sin embargo, recelamos que esto que sufren tantos y en tan diversos lugares no lo sufra la naturaleza. No sólo lo sufre, sino que también lo pide. Nada es más excelente para ella; nada desea más que la honestidad, la gloria, la dignidad, el decoro. Con todos estos nombres quiero declarar una sola cosa; pero me valgo de muchas palabras, para significarla mejor. Quiero decirte que lo más excelente para el hombre es lo que es apetecible por sí mismo, lo que nace de la virtud ó consiste en la misma virtud, lo que es laudable por sí mismo; á lo cual yo más bien llamaría el bien único, que no el sumo bien. Y como digo esto de lo honesto, digo todo lo contrario de lo torpe. Nada hay tan feo ni tan despreciable, nada tan indigno del hombre. Y si estás persuadido de esto (puesto que ya dijiste al principio que te parecía más deshonrosa la afrenta que el dolor), sólo te resta el saber dominarte á tí mismo. Parece extraño que se dude esto, como si en nosotros hubiera dos hombres, de los cuales el uno manda y el otro obedece; pero lo cierto es que nadie peca por ignorancia.

En realidad, el alma se divide en dos partes, de las cuales la una participa de razón, la otra carece de ella. Cuando se manda, pues, que nos dominemos á nosotros mismos, lo que se pretende es que la razón domine á la temeridad. Hay, por naturaleza, en los ánimos de casi todos los hombres algo de muelle, de encorvado, de humilde, de lánguido y de senil. Si no hubiera otra cosa, nada habría más deforme que los hombres. Pero para remediarlo está la razón, reina y señora de todas las cosas, la cual, apoyada

en su propia fuerza y desarrollándose metódicamente, se trueca en perfecta virtud. La obra del hombre consiste en que la razón impere sobre aquella parte del alma que debe obedecer. ¿De qué modo? me preguntarás. Como manda el señor al siervo, el general al soldado, el padre al hijo. Pero si aquella parte del ánimo que dije antes que era muelle y humilde se mueve torpemente, si se entrega á lamentos y lágrimas femeniles, es necesario que sea domada y constreñida por las demás facultades amigas y vecinas de ella. Muchas veces vemos que la vergüenza consigue lo que no podría conseguir razón alguna. A los que se hallan en tal caso es preciso someterlos, como á esclavos rebeldes que son, á las cadenas y á la cárcel. A los que sean más firmes, pero no robustísimos, conviene amonestarlos para que, como buenos soldados, al volver al combate sepan defender su dignidad. No se lamenta con exceso, sino más bien con singular moderación, en la tragedia *Niptris*, aquel Ulises, varón el más sabio de los Griegos: «Caminaré despacio y paso á paso, para que del movimiento no nazca mayor dolor.»

Mejor expresa esto Pacuvio que Sófocles. En aquél se lamenta Ulises de su herida; pero los mismos que le conducen, considerando la gravedad de su persona, no dudan en decirle: «¡Oh Ulises! aunque vemos que es tan grave tu herida, nos parece pequeña la fortaleza de tu ánimo, ejercitado en las armas desde tu edad temprana.» Bien entendía el discreto poeta que la costumbre de sufrir el dolor era una maestra no despreciable. Y por eso no puso en boca de Ulises palabras inmoderadas, aun en medio del mayor dolor: «Retenedme, sujetadme, oprimidme, desnudad la llaga. ¡Ay desdichado de mí, qué tormento el mío!» Empieza á flaquear su ánimo, pero luego exclama: «Cubridme, retiraos, abandonad ya la curación, porque el cruel dolor se acrecienta con el tacto y con el sacudimiento.» ¿No veis cómo enmudece el dolor del alma, re-

frenado por la voluntad, hasta cuando no se puede dominar el del cuerpo? Y por eso, al fin de la misma tragedia, moribundo ya el héroe, reprende á otros, exclamando: «En la fortuna adversa debe uno quejarse, no lamentarse; este es oficio de varón; el llanto conviene sólo á las mujeres.» En él la parte más flaca del alma estaba siempre sujeta á la razón, como al severo general el soldado pundoneroso.

Aquel varón en quien haya perfecta sabiduría (yo todavía no he conocido ninguno, si bien los filósofos quieren explicarme el modelo ideal del sabio, aunque no haya parecido todavía entre los mortales), aquél varón, pues, é, lo que es lo mismo, la razón, que será en él perfecta y absoluta, dominará de tal modo á la parte inferior como un padre justo á sus buenos hijos, y conseguirá con solo el gesto lo que quiera, sin ninguna fatiga. Y se levantará, se fortalecerá, se instruirá, se apercibirá para el combate, se armará para resistir al dolor como á un enemigo. ¿Qué armas son las suyas? la continencia y la reflexión interior, el coloquio íntimo, en que uno se dice á sí mismo: guárdate de todo lo que sea torpe, cobarde y no varonil. Fijemos en lo más íntimo del alma, las imágenes de los varones fuertes. Recordemos á Zenón el Eleata, que sufrió todo género de tormentos antes que delatar á los que habían sido cómplices suyos para derrocar la tiranía. Pensemos en Anaxarco, discípulo de Demócrito, que habiendo caído en manos de Nicocreón, rey de Chipre, no pidió ni rehusó ningún género de suplicio. Calano de la India, hombre indocto y bárbaro, nacido en las raíces del Cáucaso, por su voluntad se dejó quemar vivo. Nosotros no podemos sufrir el dolor de un pie, de un diente, cuanto más el de todo el cuerpo. Nace todo esto de una opinión afeminada y leve, que se extiende al dolor lo mismo que al deleite, puesto que en la suma voluptuosidad, cuando, por decirlo así, nos liquidamos y derretimos, no podemos sufrir, sin gritar, el aguijón de una abeja.

Al contrario, Cayo Mario, varón rústico, pero verdaderamente hombre, cuando le cortaban la pierna, como al principio dije, no quiso dejarse ligar; y no hubo otro antes que Mario que consintiera en sufrir esta operación sin ligaduras. Y ¿por qué consintieron otros después? Por la fuerza de su autoridad. ¿No conoces, pues, que el mal nace en gran parte de la opinión y no de la naturaleza? Sin embargo, el mismo Mario conoció que era muy acre la mordedura del dolor, puesto que no presentó la otra pierna. Sufrió, pues, el dolor como varón esforzado, pero al fin era hombre, y no quiso sin necesidad sufrir otro mayor. Todo consiste en saber dominarse á sí mismo. Ya mostré antes en qué consistía este dominio. La consideración de á cuánto alcanza el extraordinario poder de la paciencia, de la fortaleza y de la dignidad, no sólo tiene á raya las pasiones del alma, sino que posee no sé cuál oculta virtud para mitigar el dolor mismo.

Y así como su ede en la batalla que el soldado cobarde y tímido, en viendo al enemigo, huye cuanto puede, arrojando el escudo, y por esto mismo muere algunas veces, aun sin herida en el cuerpo, al paso que á quien resiste no le acontece nada; así el que no puede sufrir la apariencia del dolor se abate y yace rendido y exánime, y, por el contrario, los que resisten, suelen hacerse superiores á él. Hay en el alma cierta semejanza con el cuerpo. Así como el cuerpo dispuesto á la fatiga sufre con más facilidad el peso que le oprime que el cuerpo flojo y remiso, así el alma dispuesta á sufrir resiste todo peso, al paso que cuando está remisa y desalentada apenas puede levantarse. Y si buscamos la verdad, para cumplir todo deber es preciso mantener el ánimo enhiesto y no rendido. Esta es la única defensa del deber. Lo primero que hemos de procurar en el dolor es no decir ninguna cosa abyecta, ni tímida, ni cobarde, ni servil, ni mujeril, y, sobre todo, rechazar muy lejos aquel clamor de Filoctetes. Al

varón se le concede algunas veces el gemir, aunque muy raras; pero el alarido ni siquiera se consiente á las mujeres. Este es aquel llanto que las Doce Tablas prohibieron hasta en los funerales. Y nunca se lamenta el varón fuerte y sabio, como no sea por adquirir mayor fortaleza, así como en el estadio los corredores gritan cuanto pueden. Lo mismo hacen los atletas cuando se ejercitan; pero los púgiles, cuando hieren al adversario, gritan al arrojar el cesto, no porque se duelan ni porque su ánimo sucumba, sino porque al emitir la voz todo el cuerpo se pone en tensión y es más vehemente la herida que hacen. Y los que quieren gritar más, no se satisfacen con la agitación del pecho, de las fauces y de la lengua, por donde sale y se difunde la voz, sino que con todo el cuerpo y todas las uñas, como se dice, quieren dar resonancia á sus clamores.

Yo ví á Marco Antonio cuando se defendía á sí mismo, á propósito de la ley Varia, tocar la tierra con la rodilla. Pues así como las balistas que arrojan piedras y las demás máquinas de guerra lanzan el tiro tanto más lejos cuanto mayor ha sido la fuerza inicial, así la voz que hiere con el golpe es tanto más grave cuanto con más intensidad se arroja. Y siendo esta intensidad tan grande, lícito nos será usar del gemido para fortalecer el ánimo en el dolor; pero si este gemido es lamentable, femenino, abatido y débil, apenas podemos llamar hombre á aquel que se entrega á tales llantos. Aun cuando este gemido sirviera de algún alivio, todavía podríamos dudar si era digno de un hombre fuerte y animoso. Pero si en nada disminuye el dolor, ¿por qué queremos en balde soportar tal afrenta? ¿Qué cosa hay más vergonzosa en un hombre que el llanto mujeril?

Y este precepto que se da acerca del dolor, aun tiene mayor extensión. En todos los casos, no sólo en el dolor, se ha de resistir con igual energía de alma. ¿Se inflama la



ira? ¿se enciende el apetito? Al mismo alcázar hemos de refugiarnos; las mismas armas hemos de empuñar.

Pero ya que hablamos del dolor, omitamos todo lo demás. Para sufrirle plácida y serenamente, importa mucho pensar con toda el alma cuán honesta cosa sea la resignación. Los hombres somos naturalmente, como antes dije, y conviene repetir muchas veces, extraordinariamente ávidos de gloria; y así que vemos alguna luz de ella, no hay cosa que no estemos dispuestos á sufrir y tolerar por gozarla. Por este ímpetu y buena inclinación del alma nos arrojamus al peligro en la pelea; así los varones fuertes no sienten las heridas en el combate; y si las sienten, prefieren morir antes que comprometer en modo alguno su dignidad. Veían los Decios las espadas resplandecientes de sus enemigos, cuando se arrojaban en medio de sus escuadrones, pero les quitaba todo miedo de las heridas la nobleza y gloria de su muerte. ¿Crees tú que lloraba Epaminondas, cuando sentía que se le escapaba la vida juntamente con la sangre? ¿Cómo había de llorar si dejaba á su patria imperando sobre los Lacedemonios, de quienes la había encontrado sierva! Tales son los consuelos aun en el sumo dolor.

Pero me dirás: ¿Cómo puede haber tal consuelo en la paz, en su casa, en el lecho? Y yo te citaré muchos filósofos que también á veces, y á su modo, salen á las batallas. Un hombre, por cierto bastante ligero, Dionisio de Heracléa, no aprendió de Zenón la fortaleza. Tenía un padecimiento de los riñones, y en la fuerza misma del dolor declaraba que era falso cuanto antes había afirmado sobre el mismo dolor. Y preguntándole su condiscípulo Cleantes qué razon le había apartado de su parecer primitivo, respondió: «Habiéndome dedicado por tanto tiempo á la filosofía, y no pudiendo sufrir el dolor, estoy plenamente convencido de que el dolor es un mal. Muchos años gasté en la filosofía, y no puedo sufrir el dolor: luego el dolor

es un mal.» Y dicese que Cleantes, sacudiendo la tierra con el pie, repitió estos versos de la tragedia de *Los Epi-gones*: «¡Oyes tú esto, oh Amphiarao, que estás sepultado bajo la tierra!» Con esto quería aludir á Zenón, de quien se dolía que Dionisio hubiera degenerado.

Pero no fué así nuestro Posidonio, á quien yo muchas veces ví y de quien solía contar Pompeyo que habiendo ido él á Rodas, procedente de Siria, y queriendo conocer á Posidonio, supo que estaba gravemente enfermo del pecho; pero quiso conocer, sin embargo, á aquel ilustre filósofo, y después de haberle saludado con palabras muy honoríficas, diciéndole que sentía mucho no haber podido oír sus lecciones, le replicó Posidonio: «Puedes oírlas sin embargo, y no podrá el dolor conmigo tanto que consiga que tan ilustre varón haya venido á mí en balde.» Y me contaba Pompeyo que Posidonio había disputado muy grave y copiosamente sobre esta cuestión: que nada es bueno sino lo que es honesto, y que cuanto más le mortificaba el dolor, solía exclamar: «Nada podrás conmigo, oh dolor, pues aunque seas molesto, nunca confesaré que seas un mal.»

Y en realidad, todos los trabajos claros y ennoblecidos se hacen más tolerables con el desprecio. ¿No vemos que entre los que se dedican á los juegos gímnicos, es un grande honor el que ninguno de los que descienden al certamen evite ningún género de dolor? Entre aquellos que cultivan el arte de la caza y de la equitación, ¿hay alguien que evite la fatiga? Y ¿para qué he de hablar de nuestras ambiciones y de la codicia de los honores!

Así Scipión el Africano tenía siempre en las manos al socrático Xenofonte, y entre sus sentencias alababa principalmente esta: «Que los mismos trabajos no eran igualmente graves para el soldado que para el general, porque el mismo honor hace más leve el trabajo del general.»

Pero sucede, sin embargo, que entre el vulgo de los

ignorantes prevalece la apariencia de lo honesto, cuando no pueden conseguir la honestidad misma. Y así se mueven por la fama y por el juicio de la multitud, y tienen por honesto lo que la mayor parte de la gente alaba. Pero no quisiera que tú, aunque estés á los ojos de la multitud, te dejaras guiar por su juicio, ni tuvieras por honroso lo que ella juzga tal. Por tu propio juicio debes gobernarte. Si te agrada la rectitud, no sólo te habrás vencido á tí mismo, como antes te encarecí, sino que habrás vencido á todos los hombres y á todas las cosas. Persuádete bien de que cierta elevación y grandeza de alma, la cual principalmente brilla en el desprecio del dolor, es la cosa más admirable de todas, y tanto más hermosa, cuanto que sin buscar el aplauso del pueblo, se deleita consigo misma. Y por eso me parecen tanto más laudables las acciones que se ejecutan sin aparato y sin que el pueblo sea testigo de ellas, no porque deba huirse del pueblo, antes todos los beneficios deben verse en clara luz, sino porque ningún teatro es mayor para la virtud que la conciencia.

Y pensemos sobre todo que esta paciencia de los dolores, que debe arraigarse intensamente en el ánimo, ha de mostrarse igual en todas las ocasiones. Muchas veces, los que por codicia del triunfo ó de la gloria, ó por conservar su virtud y su derecho, han sufrido y tolerado las heridas, estos mismos, cuando les falta el aguijón de la lucha, no pueden sufrir ni el dolor de una enfermedad. Y aquel mismo dolor que tan fácilmente sufrieron, no fué por razón ni por sabiduría, sino por gloria y anhelo de fama. Así, los bárbaros y las gentes menos cultas pueden lidiar ferozmente con el hierro, y no saben sufrir virilmente el dolor. Y por el contrario, los Griegos, varones no tan animosos como prudentes, quizá no sufrieran la vista del enemigo, pero resisten con tolerancia y humanamente la enfermedad. Los Cimbrios y los Celtíberos se alegran en la batalla, y se lamentan en la enfermedad;

pero no puede llamarse igualdad de ánimo la que no nace siempre de la recta razón.

Pero cuando ves á los que se guían por el deseo ó por la opinión no rendirse al dolor, siempre que se trata de persuadirlos y halagarlos, debes creer, ó que no es un mal el dolor, ó que, si te place llamar así todo lo que es áspero y ajeno de la naturaleza, es de tan poca importancia y la razón puede oscurecerlo y borrarlo de tal modo que no aparezca ni se conozca. Te ruego que medites todo esto de día y de noche; porque tanto mas estimarás esta razón, y te servirá para mayores cosas que para defenderte de un solo dolor. Porque si todas las cosas las hacemos por huir de la torpeza ó para conseguir la honestidad, no sólo nos será lícito resistir á los obstáculos del dolor, sino también á los rayos de la fortuna, sobre todo cuando ya estamos defendidos contra el temor de la muerte por la disputa de ayer. Pues así como á un navegante á quien persiguen los piratas, si un dios le dice: «Arrójate de la nave: que en el mar habrá quien te reciba, ya sea aquel delfín que recibió á Arión de Mitylene, ya los caballos de aquel Pelops, hijo de Neptuno,» perderá todo temor y no dejará de arrojarse á las aguas; así, cuando apriete el dolor áspero y odioso, y llegue á hacerse intolerable, abierto tienes el puerto donde refugiarte.

Esto es lo que por ahora se me ocurre. Pero tú quizá persistas en tu parecer.

OYENTE.—Nada de eso: antes me felicito por haberme libertado en dos días del miedo de las dos cosas que más temía.

MARCO.—Ven mañana, pues, á la hora fijada por la Clepsidra. Así hemos convenido.

OYENTE.—Vendré antes del mediodía, que es el tiempo mejor.

MARCO.—Así lo haremos, y te complaceré en tus excelentes deseos.